

La Superbici

Sebastián Pedrozo

loqueleg



Yo no pedía un avión. Ni un traje espacial o superpoderes. Aunque no me hubiera molestado ser invisible o tirar rayos desde mis puños a los monstruos malvados, o volar con mi capa verde en busca de aventuras o irme al espacio y mirar al planeta desde ahí, con los brazos cruzados. Eso debe de ser de lo más divertido.

Yo quería una cosa, no más: andar en bicicleta de grandes, sin rueditas que me hicieran ver como un cobarde miedoso y

esas cosas. Claro, con superpoderes y bici hubiera sido genial, pero dejemos eso, porque no se puede tener todo en la vida.

10 ¡Quería una bicicleta de grandes! Eso quería. De las que salen rápido por las calles y son todas modernas, con pegotines que no se entiende nada lo que dicen porque están en otro idioma, bicis como las de los señores que andan repartiendo cosas y tienen que escapar de los perros como Orco, uno bien malo que es el terror del barrio y que cuando aparece hay que tirarse de cabeza al otro lado de los muros para salvarse del mordisco.

Las bicicletas, todas ellas, son las peores enemigas de Orco, el perro malhumorado, que «es un animal que no tiene dueño y todo el mundo se lava las manos y nadie se hace responsable porque un día va a morder a una criatura», dice una

vecina. Y un poco de razón tiene, porque Orco es un perro malísimo.

Andar en bici me parece que es de lo más hermoso. Te hace tanto bien como una siesta o un helado, como matarse de risa por un chiste o como quedar último en el manchado. En la bici me imagino que voy volando con mi otra personalidad: *Supermariano*.

11

La bicicleta es una fiesta donde se mueve el cuerpo, todito el cuerpo. Eso es. Uno siente que las piernas andan solas. Y abris bien los ojos y podés ver que el suelo te ayuda a seguir y seguir. Y si hay viento que te empuje es como tener una mano invisible que te lleva hacia adelante.

Yo puedo agarrar velocidad sin problemas en mi barrio, porque casi no hay autos y hay muchas bajadas. Y salvo doña Martina, que va todo el tiempo al súper y

cruza la calle como si fuese la dueña, no ves a nadie. Eso es porque «estamos muy lejos de todo», dice mi madre cuando en la parada mira el reloj a cada rato y el ómnibus no viene nunca.

12 Yo pensaba que si tenía la bici de grandes podría andar en ella como un loco, bueno, no como un loco, sino como un ciclista de esos de la tele, con remeras de colores y casco de robot y propaganda de yerba y de chorizos. Y que sería un ciclista invencible. «El niño más rápido, fuerte y simpático del mundo», me dirían en la farmacia, cuando entrara a comprar mi remedio para la alergia y las vitaminas para los huesos.

Y Roque, el gigante, que me empujaba siempre en la escuela o le tomaba el agua a los otros niños o le tiraba del pelo a las niñas rubias, ese malvado Roque no se

burlaría de mí porque yo andaba con mi bici de nene chico.

—Marianito anda con rueditas, con rueditas, es un bebito— me decía siempre.

Y sus amigos se reían de las pavadas que me decía.

—Ya estás grande, Mariano, ¿cuándo vas a dejar las rueditas?, ¿cuando tengas novia?

—¡Ja, ja, ja! —le festejaban todos, siempre.

Y a mí me venía una bronca que me daban ganas de subirme a un banquito y gritarle algo feo al gigante, que es gigante sobre todo porque yo soy medio petiso, y de gritarles a los demás, que se burlaban como él.

Pero ahí recordaba lo que decía mi madre:

—¡Salí corriendo!

O lo que me sugería mi abuelo:

—No hagas caso a esas bobadas, ocúpate de lo importante.

Y decidí que eso era lo mejor que un petiso con miedo a caerse de la bici podía hacer.

14 Porque al final de cuentas, hay que ocuparse de lo importante. Lo importante era que andaba con bici de nene chico por cobarde, porque me daba un miedo... ¿Qué digo *miedo*? Me daba terror caerme de la bici y romperme los dientes, las rodillas, la frente, la mochila con los tápers. A veces hasta soñaba con eso: que me caía en la entrada de la escuela, un segundo antes de que sonara el timbre. Y ahí justito la maestra me veía llorando y yo me quería morir de la vergüenza.